



The Economist:

Los delirios económicos de Donald Trump ya están perjudicando a Estados Unidos

El Presidente y la realidad se están distanciando, dice la publicación.

En su discurso ante el Congreso el 4 de marzo, el Presidente Donald Trump pintó un panorama fantástico. El "sueño americano", declaró, estaba surgiendo más grande y mejor que nunca. Sus aranceles preservarían el empleo, enriquecerían aún más a Estados Unidos y protegerían su propia alma. Por desgracia, en el mundo real las cosas son distintas. Inversores, consumidores y empresas muestran los primeros signos de aversión a la visión trumpiana. Con su proteccionismo agresivo y errático, Trump está jugando con fuego.

Al imponer aranceles del 25% a los productos procedentes de Canadá y México, también el 4 de marzo, Trump está incendiando una de las cadenas de suministro más integradas del mundo. Aunque ha retrasado un mes la imposición de aranceles a los automóviles, muchas otras industrias se verán afectadas. También ha aumentado los aranceles a China y ha amenazado a la Unión Europea, Japón y Corea del Sur. Algunos de estos aranceles también pueden aplazarse; otros puede que nunca lleguen a materializarse. Sin embargo, tanto en la economía como en las relaciones exteriores, cada vez está más claro que la política se establece según el capricho del Presi-

dente. Eso causará daños duraderos en casa y en el extranjero.

Cuando Trump ganó las elecciones en noviembre, los inversores y los empresarios celebraron. El S&P 500 subió casi un 4% en la semana posterior a la votación a la espera de que el nuevo mandatario encendiera una hoguera de la confianza y propiciara generosos recortes fiscales. Los inversores esperaban que su retórica proteccionista y antiinmigración quedara en nada. Una corrección bursátil o el retorno de la inflación seguramente frenarían sus peores instintos.

Desgraciadamente, esas esperanzas se están esfumando. El DOGE de Elon Musk está provocando el caos y acaparando titulares, pero aún hay pocas señales de una bonanza desreguladora. (La orden de Trump que prohíbe la compra federal de pajas de papel hará poco por la cuenta de resultados de America Inc.). El proyecto de presupuesto aprobado en el Congreso en febrero mantiene los recortes fiscales de 2017, en el primer mandato de Trump, pero no los amplía, aunque sí añade billones a la deuda nacional. Mientras tanto, las promesas arancelarias de Trump devolverían el arancel medio efectivo a niveles no vistos desde la década de 1940, cuando los volú-

menes comerciales eran mucho menores.

No es de extrañar que, a pesar de que Trump habla de una remontada fulgurante, los mercados estén parpadeando en rojo. El S&P 500 ha cedido casi todas sus ganancias desde las elecciones. Aunque el crecimiento económico sigue siendo justo, en las últimas semanas el rendimiento de los bonos del Tesoro a diez años ha caído, las mediciones de la confianza de los consumidores se han desplomado y la confianza de las pequeñas empresas se ha hundido, insinuando que se acerca una desaceleración. Mientras tanto, las expectativas de inflación están aumentando, quizás porque Trump está hablando de todos esos maravillosos nuevos aranceles.

Detrás de esta alarma se esconde la percepción de que Trump está menos sujeto a las restricciones de lo que esperaban los inversores. Aunque la subida de los precios hizo estallar la campaña presidencial de Kamala Harris, la perspectiva de inflación no disuade a Trump, que argumenta que el daño económico de los aranceles vale la pena.

Durante su primer mandato se enorgullecó del largo auge bursátil; esta vez los mercados no han

figurado entre sus numerosas publicaciones en las redes sociales. Su aplazamiento de los aranceles a los automóviles es demasiado efímero para que la industria se adapte. Trump se aferra a su creencia de que los aranceles son buenos para la economía.

Igual de importante es que las personas que rodean al Presidente también parecen carecer de influencia. Scott Bessent, secretario del Tesoro, y Howard Lutnick, secretario de Comercio, son ambos financieros, pero si están intentando frenar a Trump, no lo están haciendo muy bien. En lugar de ser sabios consejeros, parecen chiflados, explicando por qué los aranceles son esenciales y Wall Street no importa. Pocos empresarios quieren decir la verdad al poder por miedo a atraer la ira de Trump. Y así, el Presidente y la realidad parecen alejarse cada vez más.

Esto amenaza a los socios comerciales de Estados Unidos. Por alguna razón, Trump reserva una hostilidad especial a Canadá y la UE. Como su planteamiento carece de toda lógica coherente, no se sabe cómo conjurar sus amenazas. Peor aún si cumple su promesa al Congreso de imponer aranceles recíprocos, que igualen los derechos a los que se enfrentan

las exportaciones estadounidenses en el extranjero. Eso crearía 2,3 millones de gravámenes individuales, que requerirían ajustes y negociaciones constantes, una pesadilla burocrática que Estados Unidos abandonó unilateralmente en los años veinte. Los aranceles recíprocos asestarían un golpe mortal al sistema de comercio mundial, según el cual todos los países tienen una tasa universal para todos los bienes que no están dentro de un acuerdo de libre comercio.

Por si fuera poco, los aranceles también perjudicarán a la economía estadounidense. El Presidente dice que quiere demostrar a los agricultores que los quiere. Pero proteger a los 1,9 millones de granjas estadounidenses de la competencia inflará las facturas de los casi 300 millones de consumidores, y compensarlos por los aranceles de represalia aumentará el déficit. Independientemente de lo que crea Trump, el crecimiento económico se resentirá porque los aranceles aumentarán los costos de los insumos. Si las empresas no pueden repercutirlos en los consumidores, sus márgenes se reducirán; si pueden, los hogares experimentarán lo que equivale a una subida de impuestos.

Las políticas de Trump plantean un choque tremendo con la Reserva Federal, que se debatirá entre mantener las tasas altas para frenar la inflación o recortarlas

para impulsar el crecimiento. La Reserva Federal, una de las instituciones independientes más importantes que quedan en Estados Unidos, tendrá que enfrentarse a un mandatario enfadado y acostumbrado a salirse con la suya. Cuando el gobierno se apodera de las responsabilidades regulatorias de la Reserva Federal, se paró cuidadosamente la política monetaria. ¿Cuánto duraría esa distinción?

MAGALomanía

La economía mundial se encuentra en un momento peligroso. Tras haber desafiado a la realidad (y a la Constitución) después de perder las elecciones en 2020, solo para ser reelegido triunfalmente en 2024, Trump no tiene paciencia para que le digan que está equivocado. El hecho de que su creencia en el proteccionismo es fundamentalmente errónea puede que no lo asimile durante algún tiempo, si es que alguna vez lo hace. A medida que el mensaje de que Trump está perjudicando a la economía se hace más fuerte, podría arremeter contra los mensajeros, incluidos sus asesores, la Reserva Federal o los medios de comunicación. Es probable que el Presidente siga viviendo su fantasía proteccionista durante algún tiempo. El mundo real pagará el precio.

Traducido por El Mercurio Inversiones.

